REGRESO A CASA

COORDINACIÓN DE HUMANIDADES

SALVADOR ELIZONDO

REGRESO A CASA

DISCURSO

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ

CONTESTACIÓN

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO
1982

Primera edición: 1982

D R © 1982, Universidad Nacional Autónoma de México

Ciudad Universitaria 04510 México, D. F.

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

Impreso y hecho en México

ISBN 968-58-0474-5

SALVADOR ELIZONDO

Discurso de ingreso a la Academia Mexicana correspondiente de la Española, leído el 23 de octubre de 1980

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ

Contestación al discurso de Salvador Elizondo, leído en la misma Sesión

Nada ilustra mejor la vocación de un escritor que la vida de su primer libro. En veinte años que han pasado desde que publiqué el mío —en edición privada de doscientos ejemplares fuera de comercio— he podido rescatar en las librerías de viejo, dedicados y las más de las veces intonsos, un gran número de ellos. Esos libros han cumplido su periplo; en dos décadas han vuelto al lugar de su origen y ahora se apilan en el desván junto a la multitud de sus hermanos que la indiferencia de los dedicatarios, de la vida o de la muerte me han devuelto intonsos también a veces, pero otras marcados con las huellas de lecturas frenéticas o tediosas; cubiertos a veces con las cruentas cicatrices del denuesto, del subrayado burlesco, con los sangrientos escolios y enmendaduras del fastidio.

Certera si no perfecta, la parábola del libro pródigo no podía menos que animar la reflexión a la que todas las circunstancias de mi vida me obligaban cuando tuve noticia de mi elección a la Academia, hace cinco años.

Pero precisa que me remonte a más allá de esa fecha y a más allá del nacimiento de mi primogénito para entender el significado de esa vida de escritor, hasta hoy mucho más errática y errante que la suya. Si bien estoy situado ante una perspectiva cuyo vértigo no estaba previsto en los más desaforados proyectos de mi juventud, la experiencia acumulada no es suficiente para distinguir los puntos de partida o de llegada de esa parábola. ¿Acaso se cumple hoy para mí el término de esa circunnavegación, de ese viaje al origen con los que la literatura ilustra el sentido de la vida y en especial de una vida dedicada a la literatura... o no ha zarpado el barco todavía?

En esta indefinición de los términos de la travesía se resuelve la imagen para-

dójica: yo que me había embarcado a la ventura, con la vaga esperanza de llegar a la isla desierta, he sido traído —sin duda por los vientos propicios de la amistad más que por el remo de mis méritos literarios— hasta los muelles de esta ilustre Asociación. A punto de saltar a tierra puedo ver el reflejo de una figura simbólica que preside sobre la vocación de los hombres y de las obras de la literatura: la de una vuelta al origen, la del regreso a casa.

Durante los cinco años que han pasado desde mi elección no he perdido de vista esa circunstancia simbólica que se confirma en la celebración de algunas efemérides significativas. Se han conmemorado en ese lapso el primer milenario de nuestra lengua escrita, el primero de muchos siglos de la Academia Mexicana, medio siglo desde la muerte de Díaz Mirón y desde la fundación de la revista "Contemporáneos". Me valgo pues de la dilatada coincidencia cronológica para, después de invocar los manes del clérigo

anónimo que por primera vez transcribió en sus unciales los sonidos de la nueva lengua y del poeta en cuya escritura esa lengua obtuvo rarísima perfección entre nosotros, hacer el recuerdo de los poetas y escritores que iniciaron hace más de cincuenta años en México una tendencia crítica y literaria que lejos de buscar la uniformidad gregaria o el acatamiento servil a los preceptos de una estética de manifiesto colectivo o a las vociferaciones de las "vanguardias" o grupos de choque de última hora, se abocó a la conservación del equilibrio formal y a la renovación de los procedimientos de la creación literaria, labor que si en su momento pasó casi inadvertida hoy obtiene el interés y el reconocimiento de los escritores jóvenes, sobre todo ahora que con la muerte del último de sus integrantes originales, Carlos Pellicer, el grupo cobra su inmovilidad histórica o legendaria. El libro de Octavio Paz sobre Villaurrutia, el de Jaime García Terrés sobre Owen, la edición de las obras de

este poeta de Alí Chumacero y la acuciosa perseverancia de José Luis Martínez que, desde el Fondo de Cultura Económica, hará accesible a los lectores de hoy la reedición en facsímil de la revista *Contemporáneos*, han contribuido en gran medida a reavivar el interés por este grupo que caracteriza un periodo de enorme importancia para la literatura mexicana en su momento y rico en frutos todavía en el nuestro.

Por los caracteres comunes que animaron esa idea de la vida y el arte que cobró una expresión concreta en la obra de los "Contemporáneos" evoco, entre otros, a quienes de ellos llegaron hasta aquí, para hacer el recuento de esa imagen del retorno a casa en que se cifra, muy gratamente para mí, el sentido de esta recepción. Empezaré por invocar el recuerdo del tímido poeta que si hubiera tenido vida para ello sin duda hubiera ocupado un sillón en la Academia. En la obra de Ramón López Velarde cristalizó por primera vez para nuestra

poesía la imagen del retorno en uno de sus más bellos poemas y también uno de los más amargos que escribió: el que está animado de un sentimiento de íntima tristeza reaccionaria. Pero el maleficio que pesa sobre el regreso del poeta es del todo ajeno a la emoción de esta noche en que presiden por igual el recuerdo y la presencia de quienes han animado esta figura reiterada de la literatura desde sus jubilosos orígenes homéricos hasta nuestros días.

En la figura de Julio Torri, que fue mi maestro de literatura medieval, evoco el espíritu de una economía de la forma por la que obtuvo el dominio de una escritura perfecta por lacónica pero rica en agudeza y en ironía. Supo apresar el encanto del desencanto y de la decepción, la emoción del fracaso, la belleza de la aventura malograda, la gravedad de lo trivial, la impertinencia de la muerte y la futileza del destino trágico. La brevedad de su obra decanta un rigor que no se agota ni se despilfarra en vano

y que no desborda los estrechos y férreos límites del arte. Fue el minucioso cultivador de un género que en la facilidad de su lectura esconde la máxima dificultad de su escritura: el aforismo, forma en la que se equilibran la idea general y la intención particular, el precepto y la confidencia, los extremos terminales de la composición literaria. La obra de Torri no registra una evolución como la que tanto nos distrae en las obras que se nos manifiestan más por la velocidad de su progreso que por los valores esenciales que contienen o revelan. Supo sintetizar un sentimiento que frecuentemente da lugar a uno escritura demasiado copiosa en la que el detalle de las sensaciones descritas y las observaciones registradas impide ver la magnitud o percibir la densidad de la selva. El Ulises que concibió se lamenta —en brazos de Circe, claro— de que a su vocación de caer no se hubiera abierto ningún abismo. Así como redujo y magnificó a la vez, en un solo lance de escritura, toda

la leyenda y la tragedia de Odiseo a unas cuantas líneas, pudo también reducir o magnificar toda la teoría de los sueños de Freud a una sola frase.

Han pasado ya más de seis años desde que el sillón que ocuparé en la Academia quedó vacío. Tocó a mi ilustre antecesor, Jaime Torres Bodet, inaugurar en su temprana juventud para la generación de sus contemporáneos esa imagen en la que se resume una inquietud común a muchos de ellos: la casa, origen, añoranza, anhelo y destino del viaje. Así pues se conjuntan en la obra de Torres Bodet —específicamente en dos libros publicados en 1923— las dos dimensiones de la vida: el espacio y el tiempo, es decir *La casa* y *Los días*.

Me detengo con especial reverencia ante *La casa*. No son pocas las horas de profunda emoción que su lectura me ha producido. Poema erótico de evanescentes y mórbidas insinuaciones y sugerencias, expresadas con un lenguaje que nos conmueve por su delicada franqueza y

por el refinado empleo de la prosa como aditamento y adorno de la poesía. La continuidad del discurso narrativo tanto como el curso de la meditación reflexiva, de tono autobiográfico, de crónica aislada de la vida inscrita en un espacio y un tiempo ideales, elementalmente arquetípicos, creo que dan a este poema la primacía en el tiempo y en la sensibilidad entre los muchos que con ese tema se han escrito aquí desde entonces.

El poema nos narra, mediante la presentación de detalles significativos, el proceso de la cristalización amorosa que tiene lugar dentro de un ámbito en el que todo, la luz, la hora, el momento interior, contribuye a la transformación por la que lo particular y lo mínimo se amplifican y se tornan en lo general y lo universal. El amor se cumple en la experiencia que une al poeta y a la amada bajo el techo de la casa construida a imagen y semejanza del mundo, es decir habitada de signos misteriosos. En todas las partes del poema se percibe la

verdad de ese sentimiento que atribuye a todas las cosas la posesión de un significado oculto. Hay también una anticipación inquietante y un desenlace inesperado. La vida doméstica es una sucesión de presagios, de revelaciones y de epifanías y todo está ocupando su lugar en la representación de esa comedia humana mínima que se representa, todos los días, en el escenario de la casa.

Otro tanto sucede con *Los días*. Los poemas que componen este libro describen el tedio del poeta en la ciudad, la crisis, el viaje de reposo al campo, las cartas, los recuerdos, la meditación y la soledad; al fin, el viaje de regreso a la ciudad, el retorno a casa, la salud recobrada.

Un poeta del grupo de "Contemporáneos", José Gorostiza, trocó la imagen del destino anhelado en el término siempre pospuesto y siempre fatal de un viaje que nunca empieza y siempre termina, el retorno a casa siempre aplazado y siempre alcanzado en el eterno y cons-

tante regreso al origen y "... al origen fatal de los orígenes" que es la muerte.

Pero a la visión doliente y desolada de este gran poeta opongo la más festiva de Salvador Novo que, en una síntesis jovial y no menos genial que la de Gorostiza, imaginó la casa hecha de días:

El tiempo nos conduce
por sus casas de cuatro pisos
con siete piezas. Sala, dos recámaras,
comedor, patio, cocina
y cuarto de baño.

Cada día cierra una puerta
que no volveremos a ver
y abre otra sorprendente ventana...

Quedaría trunco este recuento de la casa y los días si no le agregara el recuerdo de una imagen que aparece en uno de los más bellos poemas de Octavio Paz, "Cuento de dos jardines", en el que el tiempo y el espacio se entreveran como las ramas del árbol *nim* que crece "... no lejos de Durban" se entrelazan

con las de la piadosa higuera de Mixcoac . . .

Había yo llegado a este punto en el borrador de mi discurso —hace más de un año— cuando cuál no sería mi sorpresa al recibir un pequeño libro firmado conjuntamente por mi admirado amigo y un poeta inglés, que en una serie de sonetos bilingües trata precisamente los temas de "casa" y "día" —una casa en Inglaterra y un día en México . . .

. . . Y aquí llego a la parte más ardua del discurso: la apología. ¿Por qué estoy aquí? . . . La facilidad de la explicación está en razón inversa a la dificultad de la justificación, ya que mis inicios en la literatura se caracterizan por una cierta heterodoxia y una gran inexperiencia que difícilmente podrían servir para responder de mi presencia aquí en esta Casa cuyo verdadero sentido el Tiempo y el Hábito me han revelado, pues qué duda cabe de que la Lengua es la más arraigada de las costumbres humanas en general y el Lenguaje el hábito invete-

rado de los escritores en particular. La distinción no es gratuita ni reciente: está implícita en el "mar de vino" de Homero dos milenios antes de que Dante estableciera explícitamente la diferencia entre la lengua natural y la lengua artificial creando para ello un lenguaje poético común, desde entonces, a todos los pueblos de Occidente; es decir creando un sistema de costumbres y hábitos literarios cuyo desarrollo histórico se mide por las rupturas y transformaciones más que por su continuidad o progreso armonioso. En los grandes momentos de la poesía vemos renovarse el ímpetu con el que la forma proteica esencial del lenguaje literario se transforma a una velocidad mucho menor que la del lenguaje llamado "corriente" o "habla" cuya realización efímera y prestísima sólo es registrable a expensas de su espontaneidad, de su intención y de su emoción original.

He vivido alejado del habla real y siempre he concebido la literatura como

la realización de un género de la escritura que se cumple en un orden eminentemente técnico, pero de cuyos orígenes o de cuyo destino no está ausente el misterioso elemento de la emoción estética y del talento artístico. No hace falta ir a Dublín o al más enrarecido ambiente de París —hablo en sentido figurado— para darse cuenta de que solamente quienes poseen un altísimo dominio de los instrumentos más refinados del lenguaje son capaces de registrar los gritos de la calle o la voz de la conciencia, la verbosidad de los salones o la avalancha de la memoria: digo que no es necesario ir hasta esos puntos focales de la literatura moderna porque no habría que salir de esta Casa, de esta Lengua o de esta Literatura para encontrarlos. En todos los casos la diferencia entre la realidad y la literatura se nos manifiesta en la lengua escrita por una substancia cuya infinita maleabilidad está sujeta a reglas inflexibles para los que escriben, pero muy elásticas para

los que hablan. ¿Cómo conciliar las piezas de este juego en el que la costumbre consagrada en la regla se rompe, por el uso, en el habla y se convierte a su vez en la regla que el uso consagra?

Toca al escritor hacerlo mediante la creación de un lenguaje propio en el que los elementos sonoros e ilegibles del habla se conjuguen con los elementos silenciosos pero visibles de la escritura; un lenguaje en el que la materia natural de la lengua hablada se confunda en perfecto equilibrio con la materia artificial de la escritura.

Desde las diversas posiciones de desequilibrio extremoso en que he caído y que en mi balanza han dejado el platillo del habla corriente casi vacío reconozco los casos en que otros han sabido guardar el equilibrio con rara perfección, especialmente en la prosa: Agustín Yáñez en *Al filo del agua,* Juan Rulfo en sus cuentos obtienen un equilibrio perfecto entre el lenguaje escrito del autor y el hablado de los personajes.

Diré, por lo demás, que la percepción o la idea de este equilibrio me ha hecho proseguir, a lo largo de más de veinte años, una amistosa polémica con Juan Rulfo, flamante académico, cuya proverbial modestia lo hace suponer que él lo único que ha hecho en sus libros es transcribir, tal cual, el habla de una región, lo que en honor a su talento de artista me permito, como siempre, seguir poniendo en duda.

Llegaría yo con pies advenedizos hasta aquí si no hubiera abonado aunque sea el rédito de la enorme diferencia que el balance de mis escritos arroja en contra de ese equilibrio. Hace unos meses agregué al menguado platillo del habla natural un relato en el que evoco un episodio real de mi infancia. Si no pude penetrar en la realidad por la vía de la experiencia inmediata, sí pude sumergirme en ella por el cauce de la memoria y considero que, por la escritura, nunca había estado tan cerca de la verdad.

Quiero decir con lo anterior que llego a la Academia consciente de que ella es más que un organismo de gobierno de la Lengua y más que un registro espiritual de su evolución en el habla y en el arte. En su manifestación concreta —el Diccionario— la Academia es la conservadora de los valores comunes y persistentes —tal vez eternos por la Poesía— de la Lengua. Igual que la Justicia, la Academia sostiene en la mano una balanza, pero sus ojos no están vendados: detrás de los gruesos quevedos su mirada está fija en el fiel que marca el oscilante equilibrio entre el signo, oral o escrito, y el significado. Como escritor yo tampoco nunca he perdido de vista, por más que me haya alejado, ese punto que la Academia señala como el de la adecuación natural entre el habla y la escritura y más allá del cual la relación perfecta entre el signo y el significado corre el riesgo de disolverse en el disparate.

Siempre he tenido presente esta idea cuando he ejercido la crítica y, sobre

todo, la autocrítica. Por ella me convierto hoy en la noche, paradójicamente, en el recién llegado a casa y en el hombre con el pie en el estribo, a punto de partir, esta vez en dirección opuesta, no hacia la isla desierta y silenciosa de la escritura pura sino al verboso continente donde el habla natural cobra su máxima eficacia por medio de los más complicados artificios de la literatura; voy a un mundo desconocido en el que el habla sólo es posible por la escritura: el teatro.

No se completaría la figura simbólica con la que he querido ilustrar mi ingreso en la Academia sin expresar mi más vivo reconocimiento a quienes lo hicieron no solamente posible sino también grato, tanto más grato que al llegar ya adorna sus sitiales la presencia femenina en la persona de mi maestra María del Carmen Millán.

Mi reconocimiento a don Antonio Castro Leal en cuyas antologías y ediciones aprendí desde muy temprana edad a reconocer la belleza de nuestra

poesía; en sus páginas conocí a muchos poetas que fueron o son ahora miembros de la Academia: Alí Chumacero, Manuel Ponce y el propio Miguel Potosí.

A don Antonio Acevedo Escobedo que publicó mis primeros escritos en la Revista de Bellas Artes.

A don Francisco Monterde quien, con Manuel Alcalá y José Luis Martínez, propuso mi candidatura; a su lado he tratado de mantener el equilibrio de la balanza entre los jóvenes durante los últimos doce años.

Hago un sentido recuerdo de mi tío-abuelo don Enrique González Martínez que ocupó durante más de cuarenta años un sitio aquí; de Agustín Yánez que, como Presidente de la Academia, me hizo la amable invitación a formar parte de ella, y de don Felipe Teixidor que nos dejó pocos días antes de ser recibido.

A todos los académicos a cuya amistad consagro, a punto de cruzar el um-

bral de la Casa, la emoción, el riesgo y los frutos de la aventura que se inicia, muchas gracias.

México, 6 de agosto de 1975 — 9 de octubre de 1980.